

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Cerca de la cruz

Juan 19:25-28

Tres mujeres se encontraban al pie de la cruz: María, la madre de Jesús; María, hermana de la precedente y mujer de Cleofas y María Magdalena (Mateo 27:56). Además de ellas, Juan, el discípulo que Jesús amaba, contemplaba el espectáculo del Hijo de Dios crucificado.

Todo es perfecto en esta escena en la cual asistimos al encuentro del amor humano, establecido y reconocido por Dios, con el amor divino, cuya medida sobrepasa el entendimiento humano. Pasemos revista a las diferentes personas de estos versículos en el orden en que nos son presentadas: las tres Marías, Juan, y para terminar, detengámonos ante la Víctima pura y santa.

María la madre de Jesús

Esta mujer encarna *el amor materno*, tan profundo como incomprensible. Dios mismo se expresa de esta manera: “Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros” (Isaías 66:13). En estos momentos María experimentó las palabras del viejo Simeón: “Y una espada traspasará tu misma alma” (Lucas 2:35). Por eso sufrió intensamente al ver a su hijo primogénito, hijo totalmente obediente y sumiso, ser clavado como un vulgar malhechor en una cruz infamante. ¡Oh, dolor del corazón de una madre, dolor con el que tantos creyentes simpatizaron!

María la hermana de la madre de Jesús, mujer de Cleofas

¿Por qué esta otra María estaba al pie de la cruz? Podemos suponer que lo hizo por simpatía por su hermana. Es *el amor fraternal*, amor de una hermana por otra (o de un hermano por otro), poderoso y misterioso, que une a dos seres de la misma sangre. En las Escrituras a menudo se menciona este hecho para expresar los sentimientos que habitan en el corazón de un rescatado para con otro rescatado: “Permanezca el amor fraternal” (Hebreos 13:1).

María Magdalena

Su presencia en el Calvario nos conmueve; esta mujer fue fiel al Salvador hasta el fin, desde aquel día en que fue liberada de siete demonios, plenitud de la potencia de Satanás. Ella sirvió con sus bienes al Hombre menospreciado (Lucas 8:2-3); se mantuvo al pie de la cruz; más adelante compró especias aromáticas para embalsamar el cuerpo de Jesús (Marcos 16:1) y después lloró muy de mañana, cerca de un sepulcro vacío (Juan 20:11). Un amor ardiente y profundo vivía en el corazón de María Magdalena; era *el amor de una pecadora hacia su libertador*, imagen del amor del rescatado hacia su Redentor.

Juan

Él también estaba allí, junto a las mujeres, expresando *el amor del discípulo por su Maestro*. Él no se llamaba a sí mismo «el discípulo que amaba a Jesús» (lo que hubiese sido algo presuntuoso), sino el discípulo a quien Jesús amaba. (Encontramos esta expresión en cinco pasajes de su evangelio, o sea, en 13:23; 19:26; 20:2; 21:7 y 21:20), lo cual nos da a entender que había gozado del tierno afecto del Señor por él.

Más allá del amor de una madre por su hijo, de una hermana por otra, de una pecadora por su salvador, de un discípulo por su maestro, resplandece el amor insondable de Jesús.

Se ve que en esta hora suprema Jesús amó a su madre. Manifestó su *amor filial*, confiándola a quien mejor podía reemplazarle en su corazón: a su discípulo Juan. En Caná de Galilea tuvo que decirle a su madre: “¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora” (Juan 2:4), y en ese instante, en la hora de su muerte, como hijo fiel y obediente, se ocupó de su madre.

Muestra además *el amor del Maestro por su discípulo* encargándole a éste una misión muy importante: cuidar de María (Juan 19:27). ¿Cuál era el vínculo entre María y Juan, sino la persona misma del crucificado? Este encargo es una prueba del amor de Jesús, quien se complace en servirse de nosotros considerándonos sus colaboradores. Juan obedece y acoge a María en su casa.

Amor materno, amor fraternal, amor de la pecadora, amor del discípulo; frente a ellos el amor filial, el amor del Maestro; pero por encima de todo, el amor del Hijo por el Padre.

De sobre todos los sentimientos humanos, en Jesús destaca el amor por su Padre. Las palabras del versículo 28: “Tengo sed”, corresponden sin duda alguna a las del versículo 15 del Salmo 22: “Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar”. Pero esta sed física expresa de forma figurativa el deseo ardiente que entrañaba el corazón de Jesús de acudir delante de su Dios. “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?” (Salmo 42:2).

¡Que nosotros también queramos estar a los pies de la cruz, uniendo nuestras débiles voces al coro celestial que exalta al Hijo de Dios muerto por nosotros!

B. R.

1. *En la cruz mirad clavado
A Jesús el Salvador;
Ved qué prueba nos ha dado
De su celestial amor.*
2. *Por cumplir el gran rescate,
Él su sangre derramó;
Y venciendo en el combate
A la muerte destruyó.*
3. *En sus cárceles la muerte
No le pudo retener,
Pues Jesús con mano fuerte
Acabó con su poder.*

Himnos y Cánticos Nº 62

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).